

«Despreciaba la sangre; profanaba
 «el amor con torpísimo apetito,
 «y amante, seductor, luego verdugo;
 «pasma la enormidad de sus delitos;
 «¡Cuántas bellas esclavas, arrancadas
 «de sus miseras madres, han perdido
 «tras el honor la vida entre sus brazos!
 «Una de las esclavas, que el capricho
 «escogiera del pérfido, llevaba
 «la triste prenda de su amor consigo.
 «Hija y madre á la vez vendió el infame,
 «y el precio de dos almas muy tranquilo
 «el monstruo se comió. La pobre madre
 «espiró de dolor, á su martirio
 «sobreviviendo la infelice hija,
 «de que se apoderó un desconocido
 «que abandonada la encontró en el mundo,
 «y hoy de su paradero no hay indicios!»
ALBERTO. ¡Cuentos de viejas, Isaac, con que ellas
 miedo suelen meter á los chiquillos!
 ¿Y no te da vergüenza el escucharlos?
 ¿Y no te da vergüenza el repetirlos?
 ¿Crees que el cónsul, cuya aguda vista
 del corazón penetra en los abismos,
 para reconducirnos á la patria
 de un miserable tal se habrá valido?
 ¡Poco, si así le juzgas, le conoces!
ISAAC. ¿Quién su plan adivina y sus designios?
 su elevación es su conciencia toda...
 ¿Qué quieres? yo del cónsul desconfío.
ALBERTO (con entusiasmo.)
 Tu desconfianza es un ultraje, hermano.
 ¡Bonaparte es mi Dios!
ISAAC. ¡Pero no el mío!
 ¡Bonaparte es un blanco!

(Se separan con muestras de impaciencia mutua. Toussaint, medio oculto en la estera de la tienda, contempla á sus hijos con una ternura feroz. De cuando en cuando con movimientos involuntarios y convulsivos agita la estera que le cubre. Adriana le mira; se pone un dedo en la boca y le contiene.)

SALVADOR (acercándose á Alberto en la parte anterior de la escena.)

¿A qué esas muestras
 de cólera? Sepamos el motivo.
ALBERTO. Mi hermano os lo dirá.

SALVADOR (á Isaac.) Yo he sido siempre
 de pláticas secretas enemigo.
 Ya lo sabeis.
ISAAC. Hablabámos del cónsul.
SALVADOR. ¡Del hombre misterioso, indefinido!
 O adorar ó callarse ante su nombre.
 Si le tratábais bien, no era preciso
 hablar bajo, Isaac. Casi estoy cierto
 de que de un modo hablabas de él indigno.
 De su poder te cubre con el manto,
 y pagas con desdenes su cariño.
 Malo es eso, Isaac; tu buen hermano
 se porta de otro modo bien distinto.
ISAAC. Porque Alberto es mayor; de su memoria
 los recuerdos borráronse de niño.
 Yo amo á mis padres.
SALVADOR. Vale más la gloria.
 Toma ejemplo en tu hermano, que da abrigo
 en su gran corazón á sentimientos
 que borren sus instintos primitivos.
 Eso requiere una grandeza de alma
 que no te han dado; un corazón nutrido
 con fuego, y no con leche de mujeres;
 ojos fuertes, que miren de hito en hito,
 como el águila el sol, los resplandores
 que derrama en el mundo este gran siglo;
 un pecho de hombre en fin; tú no le tienes.
 Alberto sí: no quiere ser indigno
 de este gran drama en que ha tomado parte,
 y es el amor del cónsul su principio.
 Cuando es un Dios el hombre que nos manda,
 es nuestra gloria obedecer sumisos.
 ¿Alberto, no es verdad?
ALBERTO. A esas palabras
 mi corazón redobla sus latidos.
 Si hombre soy, á mi padre se lo debo;
 al cónsul debo más, libre me hizo.
 Él hizo penetrar en mis tinieblas
 el resplandor de la verdad divino,
 y en la dura, ominosa servidumbre,
 de que mi sangre fué el emblema, dijo:
 «Yo te saco del lodo para hacerte
 «á los blancos igual y hasta á mí mismo.»
 Sus sabios eminentes, respetando
 toda la humanidad en mi individuo,
 sus saludables máximas vertieron

en mi pobre cerebro entumecido.
 Germen futuro de una cosa grande
 que se planta y se riega con ahinco,
 el cónsul con su soplo me dió vida
 para una gran nacion hacer de un niño.
 Nudo del nuevo pacto quiere hacernos
 que unirá el mundo nuevo al mundo antiguo.
 ¡Oh! ¡que su voluntad bendita sea!
 Es asociarse al genio sus designios
 inmensos comprender.

SALVADOR. Bien has hablado!

(A Isaac.)

Eso tú no lo entiendes.

ISAAC. Es sabido

que el talento no tengo de mi hermano.

SALVADOR. Se desarrollará, lo pronostico.

ISAAC. ¡Oh! mucho lo deseo si eso sirve

para á mi padre hallar.

SALVADOR (á solas.) Siempre lo mismo!

¡Raquitico muchacho, que no sabe

la sangre depurar de que ha nacido!

(Alto.)

Sabed, señor, que el hombre á quien la vida

se debe es menos digno de cariño

que el que nos da una patria que nos falta,

trazando á nuestra gloria su camino.

El azar nos da un padre, no se escoge;

pero el héroe se busca, y no es lo mismo.

El niño, cuando llega ya á ser hombre,

deja de ser hermano y de ser hijo.

Como el cónsul luchase con mi padre,

me arrancaría el alma con que vivo

si incierta vacilase un solo instante

entre el hombre carnal y el del destino.

ISAAC (bajo, con tedio.)

¡Ese monstruo da horror!

SALVADOR. ¡Tal es la gloria!

ALBERTO. Dejadme transigir con el instinto,

y que en partes iguales distribuya

entre el héroe y el padre mi cariño.

Dejad que amemos á los dos en uno,

y ser el lazo que les tenga unidos,

pudiendo de este modo la ventura

de dos razas labrar á un tiempo mismo.

Pero su hermana con su escolta viene

en un bridon mas blanco que el armiño...

¡Oh! ¡cómo á cada paso dan un beso

á su semblante encantador sus rizos!

SALVADOR. El general Leclerc sigue sus pasos.

ALBERTO. ¡ Hermosa está! ¡ qué rostro tan divino!

ESCENA V.

Los mismos, BOUDET, PAULINA, LECLERC, FRESSINET, ROCHAMBEAU,

FERRANO, GENERALES, OFICIALES, AYUDANTES DE CAMPO, SOLDADOS.

(Los oficiales y los generales llegan sucesivamente á la escena. El general Leclerc, acompañado de sus ayudantes de campo, pasa al fondo del teatro, inspecciona con una mirada rápida su estado mayor y sale. Paulina, vestida de amazona, entra acompañada de dos damas de honor y seguida de dos negritos que sostienen la cola de su vestido. Los oficiales se retiran y siguen al general.)

PAULINA. ¡Qué campo tan pintoresco!

¡cuánto me place y alegra

cabalgar á todas horas

y vivir en una tienda!

Mi vida tan agitada,

tan rara, tan novelesca,

causará en todo Paris

la más estraña sorpresa.

(A una de las damas que la acompañan.)

No dudo que los teatros

copiarán estas escenas,

y en mi reproducirán

á la Venus Citerea,

que se mezcla á los guerreros

y aligera las cadenas

por mi poderoso hermano

á toda una raza impuestas,

domando yo corazones,

mientras él doma la tierra.

Y sacarán mi retrato,

y dirán: ¡ es ella! ¡ es ella!

(A los negros.)

A vosotros tanta gloria

es menester que agradezca.

Sí, por esos negros que odio,

(Alberto hace un gesto de dolor.)

y que amo.
(Se acerca á Alberto, y le pone una mano en el brazo sonriéndose.)

esta frente tersa,
que está tal vez destinada
á brillar con la diadema,
con este simple aparato
se mezcla á la soldadesca,
y para colmo de horror
se pone en el sol morena.
Mucho os detesto... mas todo
lo perdono, si la tienda
es elegante; veamos.

(Paulina sale con su séquito; Alberto é Isaac la acompañan.)

ALBERTO. ¿Hay otra mujer tan buena?

ESCENA VI.

TOUSSAINT, ADRIANA, SOLDADOS, despues PAULINA.

(Algunos soldados, destacados de los trabajos del fuerte, se dirigen á la cabaña de Toussaint para demolerla. Adriana se arroja á sus piés. Toussaint tiende los brazos hácia ellos en ademan suplicante.)

UN SOLDADO. ¡Ah! ¡negro de los demonios!

OTRO SOLDADO. ¡Al infierno esas esteras!

ADRIANA (juntando las manos.)

¡Ah! señores ¡es un ciego!

¿dónde quereis que se meta?...

¡Oh! ¡dejadnos, por piedad!

UN SOLDADO. ¡No, nada, los negros fuera!

nada de basura dentro.

Las órdenes son severas.

(A uno de sus camaradas, tirando á Toussaint de sus harapos.)

¿Si se le habrá figurado

á esa lagartija fea

que se han hecho esas paredes

para hacer su nido en ellas?

TOUSSAINT. No, moriremos aquí.

ADRIANA. ¡Piedad de nuestra miseria!

¡vuestras rodillas abrazo!

UN SOLDADO (sacudiendo las esteras de la tienda de Toussaint y sonriéndose.)

Contéstame, araña vieja,

¿es este tu rinconcito?

OTRO SOLDADO (á Toussaint.)

¿Con esas redes mugrientas

esperabas cazar moscas?

Anda donde no te vea.

OTRO SOLDADO. En menos de un santiamen

todo el diablo se lo lleva.

A puntapiés, zapadores,

abajo esta casa se echa.

(Los soldados se disponen á arrancar las estacas de la tienda.)

TOUSSAINT (abrazando las estacas para defenderlas.)

¡No! ¡no! es el único asilo

que en este mundo me queda;

sepultadme en sus escombros.

PAULINA (retrocediendo, seguida del estado mayor del general, y reparando en Toussaint que disputa con los zapadores.)

¿Quién grita? ¿qué voces esas?...

¿Qué de ese negro quereis?

Cese, cese la contienda...

Alberto, pon la concordia.

ADRIANA (pasando entre los soldados, se detiene un instante al ver á Paulina; levanta las manos, corre á ella, parece luego que hace un esfuerzo sobre sí misma, y dice á solas:)

¡Es ella, sí, de quien lleva

Alberto con tanto orgullo,

con tanto afán la cadena!

¡Mas que su beldad, el odio

que la tengo me lo muestra!

¡Si escuchase al corazón!...

Pero no, ahogar es fuerza,

para salvar á Toussaint,

el incendio que me quema!

(Se echa á los piés de Paulina.)

PAULINA. ¡Oh! ¡que es preciosa la niña!

¿Qué tienes? ¿de qué te quejas?

ADRIANA (afectando sollozos.)

Arrebatan á mi padre

esta choza en que se alberga...

Ciego y mendigo, ¿do ahora
el pobre sus pasos lleva?
Vivíamos en el mundo
en este palmo de tierra,
do á nadie hacíamos sombra.
Espigando en mies agena
el maiz, yo de mi padre
sostenia la existencia,
y así veia por él;
mas si de aquí se nos echa,
¿contra la lluvia y el viento
dónde hallaremos defensa?

PAULINA (*aparte.*)

En verdad que sus lamentos
el corazon me atraviesan.

(*A Adriana.*)

¿Con qué no tiene tu padre
mas que este asilo?

(*A su comitiva.*)

¿Qué perla
en un muladar perdida!

ADRIANA (*á Toussaint, á quien hace acercar conduciéndole como un ciego.*)

¡Tanta bondad agradezcan,
padre mio, nuestras almas!
Dejad que os lleve en presencia
de los blancos bienhechores...
¡oh! ¡si vos pudieseis verla!

PAULINA (*aparte.*)

¡Es hermosa, encantadora!
(*A Toussaint.*)

Sin duda el amor es ella
de vuestra pobre familia.
TOUSSAINT. ¡Ay! ¡la santa Providencia
no me ha dejado otro apoyo!
Señora, siendo tan bella,
bella tambien debe ser
el alma que en vos se encierra.
¡Oh! ¡protegedme, señora!
¿Qué mal hacer os pudiera
un mendigo viejo y ciego?
¡El águila que se eleva
al insecto miserable
no aplasta bajo sus huellas!

PAULINA (*á su comitiva.*)

Ese anciano dice bien;

no quiero que se le ofenda.
Dejadle su pobre choza.

UN OFICIAL. Señora...

PAULINA. ¡Basta de réplicas!

UN OFICIAL GENERAL.

No podemos complaceros;
del gobernador severas
son las órdenes.

PAULINA. No importa.

Por terminantes que sean,
esta la ha de revocar.

(*A un ayudante de campo.*)

Id, suplicadle que venga.

(*El ayudante de campo sale, y vuelve casi inmediatamente con el general Leclerc.*)

ESCENA VII.

Los mismos, LECLERC, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS.

PAULINA. ¡General, una palabra!

LECLERC. Mandad lo que se os ofrezca.

Vos no ordenais cosa alguna
á que yo niegue obediencia.

(*Aparte á media voz.*)

Hago siempre buenas obras,
sometiéndome á su idea.

PAULINA (*sonriéndose.*)

Mas sumision, y no tantos
cumplidos, que no aprovechan.

Protectora me declaro
de ese negro; me interesa
su estado, y quiero por tanto
que, atendida su miseria,
se respete su yacija.

Bajo el techo en que se alberga
la golondrina un rey duerme.

Su nido dicha acarrea
á los dueños del palacio.

Dejad un palmo de tierra
al pobre ciego.

LECLERC. Corriente,

Paulina. ¿Cómo pudiera
no acceder á vuestro ruego?

(*A Toussaint y á Adriana.*)